

## LA PRAXIS DE LA ARMONIA

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

1. Este *forum* relaciona, como su título indica, los dos conceptos expresados con las palabras *práctica* o "*praxis*" y *armonía*.

Quizás, por esto, convenga que nos entretengamos unos momentos en precisar su significado.

*Theoria*, *praxis* y *poiesis*, en su aceptación clásica, expresaban otras tantas actividades humanas, que consistían:

La *theoria*, en una observación profunda de la naturaleza, en su sentido precartesiano, que incluía materia y espíritu, hasta penetrar en sus causas y alcanzar sus primeros principios, con el objetivo de conocer lo *verdadero*.

La *praxis*, en un *hacer* humano que, guiado por el conocimiento de lo verdadero, persigue la realización de lo *bueno*, mediante la práctica de las virtudes cardinales de *prudencia*, *justicia*, *fortaleza* y *templanza*.

La *poiesis* es la fuente de la creatividad humana, la fuerza imaginativa creadora del arte y la inventiva de aparatos y procedimientos para *fabricar* —*facere*—, persiguiendo, de una parte, la realización de lo *bello* y, de otra, de lo *útil*.

El giro copernicano de Kant y, más aún, el voluntarismo de Fichte altera estos conceptos.

La teoría se hace idealista, en el sentido que no se nutre de la observación profunda de la realidad, sino que idea *poieticamente* modelos sociales, y la *praxis* trata de fabricarlos. De ese modo la *praxis* se pone al servicio de la nueva *poiesis*, que ha sustituido a la antigua *theoria*, que es arrinconada.

Consecuentemente, la ciencia política ha dejado hoy de ser *theoria* en su estricto sentido, para convertirse en una *poiesis* que, pri-

mero, fabrica mentalmente un modelo ideal y, luego, estudia cómo operarlo y qué técnicas deben emplearse para ello. Así, esa ciencia política se convierte en meramente *operativa* y toma su fuerza en la voluntad de imponer la estructura imaginativamente ideada. Paralelamente, el arte de la política se transforma en una *praxis* que, para elaborar el modelo ideado por aquella *poiesis*, realiza una labor *racionalizadora* y *cuantificadora*, determinante de una nueva concepción de la acción política y que se traduce en un *facere* estructural de una nueva sociedad e, incluso, de un hombre nuevo, conformes al modelo propuesto.

Pero esa nueva *praxis* se halla ante un mundo real que le resiste; y, por eso, quiere destruirlo para rehacerlo, ya sin resistencias, conforme a su modelo prefabricado. Con ese fin, la *praxis* se hace *dialéctica*, en el sentido marxista de esta palabra, para conseguir, a través de sucesivas *antítesis* y *síntesis*, siempre provisionales, la destrucción de las estructuras existentes que permita sustituirlas por los modelos propuestos.

Esa *praxis*, revolucionaria, *marxista* y *leninista*, hoy se convina con otra *praxis*, también revolucionaria, *gramscista*, que trata de apoderarse de las mentes, y, para ello, adueñarse de las universidades y demás centros de enseñanza, de la creatividad artística, de los medios de comunicación social, de los *mass media*, como medios más eficaces para apoderarse de la sociedad civil hasta llegar a imponer lo que Gramsci denomina "un nuevo sentido común, no inspirado ya en el *sensum naturale*, o *seny natural* en su traducción catalana, sino en nuevas *ideas*, fruto de la razón desencarnada.

2. Ante esta disparidad de significados, debemos definir claramente que aquí vamos a emplear la palabra *praxis* en su sentido clásico, según el cual persigue la actuación de lo *bueno* siguiendo la pauta de lo *verdadero*.

No olvidemos, sin embargo, que la *praxis* se realiza en la *realidad concreta* y *cotidiana* de la vida social; y que, por consiguiente, requiere la contemplación y el análisis de lo *real*, *concreto* y *cotidiano*, pero sin perder de vista la *realidad total* en todos sus ámbitos, hasta sus *primeros principios* o *primeras verdades* religiosas y naturales.

La última creación práctica de nuestro viejo amigo Jean Ousset

—quien la califica como una voluntad, unos métodos y un estilo de acción que salve a la actual disociedad del estallido social al que se halla encaminada— es el *sociabilismo*. Pues bien, según expone el número 10 de *La Convention Sociabiliste*, número especial de presentación, ese sociabilismo pretende tener en cuenta no sólo la *realidad*, sino también la *opinión*. Su planteamiento es el siguiente:

Hay dos tipos de actitudes que dialectizan nuestras sociedades:

— de una parte, aquellas que pretenden respetar las leyes fundamentales de la realidad, poco cambiante; y,

— de otra parte, aquellas que cuidan de respetar las tendencias fundamentales de las corrientes de opinión, ciertamente difíciles de determinar, por ser múltiples, cambiantes y caprichosas.

La primera de estas tendencias suele calificarse de *derecha*, y la segunda, de *izquierda*.

El *método sociabilista* —leemos— no consiste en hallar un término medio entre ambas actitudes, no busca un compromiso entre ellas, sino que intenta señalar los “puntos de encuentro” de ambas, en cada caso.

Advierto a quienes me oyen que aquí no trato de comprobar las ventajas ni los posibles inconvenientes de este camino, para hacer su balance, sino que simplemente me limito a subrayar que la opinión es un dato —por momentáneo que sea— de la realidad actual; y que, por lo tanto, no debemos desconocerlo ni menospreciarlo, por muy discorde que esté con la realidad más profunda y permanente de las cosas.

Una *praxis* realista —repetimos— no puede desconocer ningún dato, ni, por tanto, las opiniones erróneas dominantes. Naturalmente, no se trata de aceptar que estas se sobrepongan a la realidad de las cosas, sino, por el contrario, de hallar el modo de influir en esa opinión, por lo menos en ámbitos concretos. Para ello es preciso poner de manifiesto fácticamente sus errores, poniendo en contraste sus pretensiones ideales con sus resultados de hecho que la contradicen, y hay que mostrar que si ocurre precisamente así, tan decepcionantemente, es porque sus pretensiones son una utopía, que se halla en contradicción con principios de esa realidad objetiva que, nosotros denominamos el orden natural.

El núcleo activo de toda *praxis*, inspirada en una contemplación profunda de la realidad y en el respecto del orden natural, debe consistir primordialmente en su adecuación a ese orden dinámico. Hay que advertir y destacar que, a consecuencia del uso de nuestra libertad, nuestra actuación incide en ese orden y apareja el buen orden o el desorden en nuestra vida social, según se conforme o contrarie las leyes naturales de dicho orden. Paralelamente, pues, debemos tratar de mostrar y subrayar aquellos hechos que expresen ese orden, para con sus evidencias contribuir a lograr que la opinión no se pierda en ideologías engañosas, en espejismos y utopías, y para ayudarle a entender la realidad de ese orden natural y conformarse a él.

3. El otro término del enunciado es la palabra *armonía*.

Según el Diccionario de la Real Academia española, aparte de sus acepciones musicales, esta palabra significa:

- *Conveniente proporción y correspondencia de unas cosas con otras.*
- *Amistad y buena correspondencia.*

Ambas acepciones, sin duda, son contrapuestas a toda concepción dialéctica y, por tanto, a la marxista. Esta se define como "lucha de contrarios", como "puesta al día de las contradicciones inherentes a los objetos y a los fenómenos", contradicciones que el marxismo considera como motores del progreso.

Y la armonía, por su parte, requiere, como hemos leído en el Diccionario: *proporción y correspondencia de unas cosas con otras, y amistad y buena correspondencia entre los hombres.*

Metafísicamente el buen orden social no es sino armonía: la *armonía de las causas segundas con la causa primera.*

La armonía de un todo significa la interacción entre las partes que lo integran. De tal modo que concurren adecuadamente a un mismo fin.

Presupone una convergencia espontánea, un acuerdo interno entre los elementos desiguales de un conjunto. Así lo explica Gustave Thibon cuando contrapone equilibrio y armonía. Esta es mucho más

que el equilibrio, inestable siempre, entre fuerzas contrarias: "Los verdaderos jefes —nos dice— no son equilibristas que limiten su papel a contener el desorden; son *armonizadores*, que aseguran la concordia; es decir, que actúan sobre las fuerzas sociales como un buen afinador, sobre las cuerdas o las teclas de un instrumento musical, regulándolas de tal modo que en el desarrollo de la melodía cada una dé la nota justa."

Para lograrlo se requiere la *participación*, que tiene por cualidad esencial —como escribimos ya hace años— de "una armonía de lo múltiple con lo uno, de modo tal que sin romper la unidad de éste tampoco destruya aquella multiplicidad". Así:

"No hay participación cuando en lugar de interacción hay dialéctica entre los elementos múltiples o entre éstos y la unidad integradora.

"Tampoco la hay si lo múltiple desaparece absorbido en la unidad superior, pues, por definición, la participación requiere una multiplicidad armonizada hacia un fin común.

"Por eso, la multiplicidad se diluye en una nueva unidad colectiva cuando se pretende que el conjunto de elementos múltiples gobiernen la totalidad de un modo general, y, entonces, paradójicamente la participación real desaparece sustituida por una pseudoparticipación que se limita a discutir en una asamblea y, al final, a emitir un voto para formar una pretendida *voluntad colectiva*, o simplemente para designar uno o varios representantes comunes, ya sea con mandato imperativo o sin él.

"La verdadera participación, como armonía de lo múltiple con lo uno, requiere diversidad de competencias en la unidad superior y de cada elemento de la pluralidad. Competencia que de modo natural es determinada dinámicamente por el llamado *principio de subsidiariedad*, que va fijando la competencia que corresponde a cada cuerpo social más amplio para suplir o complementar lo que sus elementos integrantes no puedan realizar."

La *revolución* consiste precisamente en destruir esta armonía, bien sea introduciendo la dialéctica o bien ahogando la armonía y suplantándola —invocando que está enferma o que es defectuosa— por

una articulación tecnocrática y totalitaria del poder del Estado. Solución esta última a la cual son, por desgracia, muy proclives algunos pretendidos contrarrevolucionarios. Sin embargo, como dijo De Maistre, la verdadera contrarrevolución *no es una revolución en contrario, sino lo contrario de la revolución.*

4. Conviene que repitamos cuanto sea preciso, hasta empaparnos de esa realidad profunda, lo que ya recordamos hace dos años, en *Qué somos y cuál es nuestra tarea*; y, por eso, voy a reiterar las mismas citas que entonces hice, dado lo expresivas que resultan:

“La revolución —escribió Jean Madiran— procede y progresa deshaciendo *los lazos sociales naturales*. La contrarrevolución consiste en tejerlos incansablemente.” “Luchar contra la revolución —insiste Michel Creuzet— es hacer lo contrario que la revolución. Es construir en lugar de destruir. Es seguir humildemente el orden de las cosas, no para encerrarse en un confucionismo sin salida, sino para dotar a los hombres de los marcos más favorables para la expansión de la vida social.”

En el plano de lo más concreto, puede consistir, como ha advertido Michel de Penfentenyo, en “traer las discusiones, desde las ideologías desencarnadas, al terreno firme de las realidades humanas”, pues mientras el campo en que se mueven aquéllas “es el de las oposiciones dialécticas, propicias a las técnicas subversivas”, el terreno de las realidades humanas “es propicio a las convergencias de intereses y al entendimiento”, pues “las competencias y las responsabilidades se hallan más próximas a esas realidades”.

Es preciso *restaurar el tejido social* formado por “miles de gentes, encargadas en tareas diversas, ocupando cargos desiguales, con deberes diferentes”. En esta restauración ha de incluirse también la capacidad de todo el cuerpo social, para captar, formular y vivir consuetudinariamente, en su correspondiente esfera, un derecho conformado al orden de las cosas.

Si este orden es dinámico, si la sociedad requiere vitalidad propia, su vida jurídica natural ha de adecuarse a las realidades históricas concretas. El orden natural, sin olvidar la luz de sus principios, *ha de captarse a medida que se vive*, adaptado a cada nivel, por los órga-

nos sociales adecuados y a través de su élites naturales. ¡No hay otro camino!

5. La armonía se requiere entre los miembros de cada uno de los cuerpos sociales —en la familia, las empresas, los municipios, etcétera— y también en la integración de todos y cada uno de estos cuerpos entre sí, y, sin perder su propia identidad, en otras entidades mayores, hasta el Estado, e incluso, más allá de éste, en el ámbito internacional.

En la historia se producen momentos —como los actuales— en los que parece que la armonía ha desaparecido y que todo se desintegra por el doble embate de fuerzas centrífugas, disociadoras y deliquescentes, de una parte, y de fuerzas centrípetas y absorbentes, masificadoras y niveladoras, de otra parte. Son fuerzas contrapuestas, pero confluyentes en el efecto destructor del tejido social, que desbahcen los cuerpos, privándoles de la vitalidad biológica autónoma, de la cual depende la del todo. Las fuerzas centrípetas tienden a sustituir la vitalidad de los cuerpos sociales por un aparato mecánico mostruoso, que acaba de aniquilarlos, mientras las fuerzas centrífugas atacan la forma y el perfil del edificio, su estructura, y así destruyen también los ligámenes naturales existentes entre los elementos o cuerpos integrantes.

El esfuerzo tecnocrático no advierte que no se corrige el deterioro, necesariamente producido por la descomposición social, sino que se incrementa y se acentúa con la pérdida del espíritu y de la iniciativa de los hombres que integran las sociedades, lo que suele producirse cuando se trata de articular desde arriba, mecánicamente, los cuerpos sociales, en un intento parecido al fracasado de Diocleciano, en el bajo Imperio Romano, cuando, al decir de Rostovtzeff, quiso sostenerlo clavando con clavos su carne podrida.

De lo que se trata, por el contrario, es de efectuar una labor civil (de *civitas*) y social (de *societas*) restauradora de la armonía a todos los niveles sociales a partir de los más elementales.

Entre nosotros se tiende a veces a creer que sólo al nivel del Estado puede hacerse una labor eficaz; y, para ello, se pretende conquistar sus riendas, ya sea constituyendo, reforzando o apoyando un partido político, con el fin de que alcance la mayoría —¡a por los

trescientos!, se gritaba hace más que cuarenta años—, o bien tratar de conseguir el poder por cualquier golpe de fuerza...

Se intenta dominar el país legal, menospreciando al país real; conquistar la sociedad política, despreocupándose de la sociedad civil...

Sin embargo, la revolución sólo triunfa plenamente, sin diluirse, cuando cala hondo en el país real, en la sociedad civil.

Recordemos que hace años que nuestros amigos del *Office international* vienen propugnando y realizando una labor pluriforme, diversificada, concreta, en los diversos cuerpos sociales, empresas, sindicatos libres, municipios, cuerpos profesionales, y hace muchos años también que nosotros venimos repitiendo la necesidad de emprenderla, e intentándolo en supuestos concretos. Tarea que debe basarse en la labor de las élites naturales que catalizan cada uno de los cuerpos sociales en los que se hallan integradas. Y su actividad debe ser impulsada, comenzando por suscitarlas y formarlas.

Son pocos los que han creído en el valor, importancia y eficacia decisiva a largo término de esta tarea. Y, sin embargo, los marxistas están desmostrando, a costa de nuestros cuerpos sociales, el alto grado de eficacia que alcanza esa labor, que ellos están empleando, aunque no precisamente para crear o reconstruir la armonía, sino para introducir la dialéctica. Así, con evidentes éxitos, están tratando de adueñarse de la sociedad civil, para lo cual se introducen en el país real e intentan dominar todos los cuerpos y actividades sociales para destruir, desde dentro, las actuales estructuras y, sobre sus ruinas, edificar la sociedad socialista.

6. En *Permanences*, número 151, de junio último, su editorial, "Former une élite politique efficace", comenta cómo desde el extremo del horizonte contrario al nuestro han resurgido espectacularmente tesis favorables a la eficacia política de ese tipo de acción, ofreciendo "la doble ventaja de ser recordadas por Alain de Benoist (del movimiento G. R. E. C. E.) y de haber sido sostenidas por ese Antonio Gramsci...".

Alain de Benoist (en *Le Figaro*, 11 y 12 de marzo de 1978) expone el modo cómo Gramsci contestó a la pregunta de cuál es la manera como la minoría puede conseguir el dominio de la mayoría:



"Gramsci responde a esta pregunta estudiando más de cerca la noción de ideología y efectuando una distinción decisiva entre *sociedad política y sociedad civil*.

"Por sociedad civil (expresión que recoge de Hegel, a pesar de haber sido criticada por Marx), Gramsci designa al conjunto del sector privado, es decir, al ámbito cultural, intelectual, religioso y moral, tal como se expresa en los sistemas de necesidades, en la mentalidad colectiva, etc. La sociedad política comprende las instituciones y el aparato coercitivo del Estado."

No estoy conforme en que la sociedad política se reduzca a las instituciones y al aparato coercitivo del Estado, excluyéndose de ella los demás cuerpos sociales. Ni tampoco en que la sociedad civil se circunscriba a lo cultural, intelectual, religioso y moral, sin incluir también otros aspectos sociológicos y económicos que la integran, y deben integrarla para que tenga la plenitud de su vida propia sin sufrir la colonización del aparato burocrático del poder político. Pero, sin duda, esta distinción entre sociedad política y sociedad civil significa un evidente avance respecto de la estatalotría hoy imperante.

Gramsci, antes de la última guerra mundial, había ya advertido que "el gran error de los comunistas ha sido el de creer que el Estado no se apoya (o no se establece) sino sobre su aparato político".

Alain de Benoist sigue explicando:

"Comprobando que en la sociedad civil es donde se elaboran, difunden y reproducen las concepciones del mundo, las filosofías, las religiones y todas las actividades intelectuales o espirituales que contribuyen a formar el consenso social, Gramsci afirma, en contraposición al marxismo ortodoxo, que en el seno de la sociedad la superestructura (relaciones ideológicas y culturales) es en cierta manera autónoma en relación a la infraestructura (relaciones económicas) y que incluso, en ciertos casos, la primera determina la forma de la segunda..."

"Mientras que en Oriente el Estado lo era todo, en tanto que la sociedad civil era primitiva y gelatinosa (decía Gramsci en su *Carta a Togliatti*, 1924), en Occidente, y muy especialmente en las sociedades modernas, es considerable el papel que juega el sector *civil* de

la superestructura social que determina la mentalidad de la época: el espíritu del tiempo. Ese factor no lo tuvieron en cuenta los movimientos socialistas de los años veinte, inducidos a error por el ejemplo de la revolución de 1917, pues si en ésta Lenin pudo apoderarse del poder, fue (entre otras razones) porque en Rusia la sociedad civil prácticamente no existía."

"En las sociedades occidentales modernas, la situación se presenta de modo muy distinto. No es posible la toma del poder político sin la previa toma del poder ideológico y cultural."

"La revolución de 1789 nos ofrece un ejemplo. Fue posible en la misma medida en que había sido preparada por una *revolución de los espíritus* ("mental ante todo"), producida en esa ocasión por la difusión de la *filosofía de las luces* en los medios aristocráticos y burgueses que constituían los centros de decisión de aquel momento."

En sus *Cartas desde la cárcel*, Gramsci ha escrito que un grupo social puede, e incluso debe, ser dirigente desde antes de conquistar el poder gubernamental y que, incluso, ésta es una de las condiciones esenciales para la misma conquista del poder.

Desde esa perspectiva, Hélène Védrine (en *Les philosophes de l'Histoire*, Payot, 1975) observa que "la toma del poder no se efectúa solamente porque una insurrección política se apodere del Estado, sino por un largo trabajo ideológico en la sociedad civil que permite preparar el terreno". Esto requiere la conquista de la *mayoría ideológica*, sin el soporte de la cual el poder político no puede sostenerse y se desvanece, según el propio Gramsci advierte.

Alain de Benoist, al comentarlo, plantea esta cuestión: "¿El envite fundamental de la política se juega aún en la arena de la *política política*?; o, acaso, ¿las confrontaciones electorales no son sino la ocasión de medir de un modo concreto la resultante política de una acción más difusa de tipo *metapolítico*, puesta en actividad más allá del estrecho círculo de los estados mayores del partido?"

El editorial de *Permanences*, que tenemos a la vista, pregunta a su vez: "¿Acaso nosotros, en todas las ocasiones, hemos propuesto algo distinto al preconizar siempre una acción capilar?" "Produce estupefacción —comenta el mismo editorial— la proximidad metodológica en lo esencial entre lo que proponen, de una parte, esos enemigos del

nombre cristiano, como son Gramsci y el erudito del movimiento G. R. E. C. E., y lo que, de otra parte, no hemos cesado de señalar como fórmula superrealista de supereficacia...”

7. La coincidencia esencial, de estrategia más que de método, se concreta en laborar dentro de la sociedad civil y en cada uno de los cuerpos sociales que la integran, para formar la mentalidad de sus élites más influyentes y configurar el modo de pensar en todos los ámbitos de la sociedad civil, interviniendo en todas sus actividades.

Pero, por el contrario, la discrepancia con el *gramscismo* en el método es total en cuanto al modo de hallar y de razonar las ideas rectoras de la vida social, para concebir y estructurar la ciudad humana, y en cuanto al modo de hacerlas patentes, divulgándolas. Y, con esta observación, volvemos a encontrarnos con los viejos conceptos de *theoria*, *praxis* y *poiesis* y con la orientación actual de la *praxis* puesta al servicio de la *poiesis* y de la voluntad de construir un mundo nuevo, utópico, y muy lejos de la verdadera *theoria* como profundización de la realidad y orientada por la razón práctica hacia la consecución realista del mejor bien común posible.

La *praxis* gramscista trata de adueñarse de la sociedad civil y de sus mentes rectoras para inocularles una interpretación dialéctica de la historia y del mundo e infundirles la creencia en el mito de una futura sociedad feliz y homogénea. Nosotros, en cambio, tratamos de devolverle la armonía de su estado de salud natural, ayudándole a comprender lo que es el hombre y lo que es la propia sociedad, a través de las enseñanzas de la misma historia y de las experiencias actuales, que muestran con evidencia nuestras raíces metafísicas y nuestra dependencia de la providencia de Dios, que es origen y fin, creador y ordenador de ese orden dinámico del que somos causas segundas, pero del que no podemos sustraernos sin sufrir, nosotros o nuestros hijos, las consecuencias inevitables del desorden producido. Más humildemente, más en lo concreto y a ras de tierra, tratamos de laborar mostrando los frutos de la armonía en el orden de las cosas, en contraposición con el desorden que la dialéctica y la utopía introducen por doquier.

Mientras la *praxis* del movimiento C. R. E. C. E. es meramente “cientista”, no nos avergonzamos de decir que la nuestra es de ins-

piración metafísica, en el sentido clásico de la palabra, que recoge todos los datos de la experiencia y de la ciencia, pero que trata de abarcar al hombre entero y el orden social en su universalidad, sin despreciar la *sindéresis* natural, ni la inducción y los juicios prudentiales por los cuales del examen de los efectos nos elevamos al conocimiento de sus causas.

Pero es de advertir que entre los ámbitos ajenos, e incluso muy alejados en sus principios de nuestro modo de pensar, no son los del gramscismo y del movimiento C. R. E. C. E. los únicos que en los aspectos referidos están llegando a los criterios que nosotros venimos propugnando desde siempre. También en otro ámbito alejado al nuestro, en U.S.A., cabe añadir al profesor Robert Nubet, que ocupa la cátedra Albert Schweitzer de Humanidades en la Columbia University, de Nueva York, y que antes fue profesor de las Universidades de California, Berkeley y Riverside, miembro de la Academia Americana, de quien ha editado la Oxford University Press, de Nueva York, el libro *Twilight of Authority*. Un capítulo de este libro se ha publicado como artículo en *Revista de Occidente* números 20-21 y 22-23, de junio-julio y agosto-septiembre de 1977. Ese estudio aboga precisamente por la *armonía* social en el sentido en que Aristóteles empleó esa palabra, por la restauración de la *autonomía*, lo *funcional*, la *descentralización*, la *jerarquía* y la *tradición*, por el *redescubrimiento de lo social*, y para que el concepto de "lo privado" vuelva a considerarse tan honroso en todas las esferas como el de "lo público".

A su juicio, a todo lo largo del pensamiento social y político de Occidente se diversifican dos grandes tradiciones que tienen muy poco que ver con la distinción convencional entre "liberalismo" y "absolutismo".

La primera, con Platón, Hobbes, Rousseau, Bentham, Fichte, etcétera, niega que exista diferencia alguna entre Estado y sociedad, o considera que, dados los conflictos y corrupción de ésta, el individuo sólo puede salvarse mediante la rigurosa aplicación del poder político estatal. Por el predominio político de esta tendencia, la familia, los entes locales, el vecindario, la iglesia y otras agrupaciones autónomas han sufrido una tremenda atomización o se han visto

reducidas a unidades cuya existencia depende de la condescendencia del Estado.

La segunda tradición, que arranca de Aristóteles y en la que sitúa a Cicerón, Santo Tomás de Aquino, Tocqueville, Proudhon, entre otros, parte de la clara distinción entre las instituciones sociales y el Estado político y reclama que el poder estatal no abarque todas las esferas de la existencia social, moral e intelectual.

En opinión de Nubet, esta segunda tradición, fuente en la historia de los verdaderos progresos y libertades, "se ajusta mucho más a las necesidades de nuestro tiempo". En el camino del renacimiento de la familia, del localismo, de las asociaciones voluntarias y de los grupos y comunidades intermedios, se hallaría la solución de las crisis que vivimos.

Ese renacimiento ha sido siempre el objetivo de nuestro trabajo, cuya necesidad parece que desde todos los confines es hoy redescubierto...

En esa labor, en lo concreto —pero sin soltar las antenas que nos permiten no perder la onda de los primeros principios—, se halla la base de nuestra práctica de la armonía: en la familia, en la empresa, en los colegios profesionales, en los sindicatos, en las asociaciones orientadas a la defensa de algún bien común concreto, en los centros de enseñanza, en las universidades, en los municipios, en las comarcas etc. Esta es nuestra tarea cívica, en general, es decir, nuestra concreta labor política. Labor "política" en el sentido lato, pero más noble, que le asignó Aristóteles, y que se desarrolla en todos estos cuerpos sociales, considerados como entidades con vida propia. Este significado no debe confundirse con el más específico y hoy predominante de la política contemplada como una técnica adecuada para conquistar, conservar y ejercer el poder y para modelar, desde él, a la sociedad, reducida a una masa amorfa, considerada solamente como sujeto pasivo de la acción del gobierno y de la administración.

En nuestra labor, la formación doctrinal, en especial de las élites naturales, en su respectivo ámbito, es inseparable de la *praxis* de la armonía, que consiste en restaurar constantemente el tejido social destruido, por obra de la dialéctica revolucionaria, o enfermo, por

inoculación de ideas utópicas o de cualquier clase de errores, o bien por la decadencia de las costumbres o la pérdida del espíritu que las vivifica.

8. Para realizar esta tarea es preciso actuar dentro de estos cuerpos sociales —de los que ha de surgir la verdadera política— y en todas sus actividades, con un sentido realista, fuera no sólo de la dialéctica hegeliana, marxista o gramscista, sino también de la dialéctica de las ideologías partidistas y de las luchas ideológicas de los partidos políticos. Fuera, por consiguiente, de esas ideologías, de las que el alcalde de Niza, Médecin, dice que “pudren las raíces más fundamentales de la sociedad. Dirigiendo al enfermo contra su médico, a la mujer contra el marido, al hijo contra sus padres, introducen los gérmenes de muerte de la utopía en todos los estratos de la civilización”.

Pero esa necesaria labor debemos realizarla restaurando el tejido social e infundiéndole renovada vitalidad, sin olvidar que ese tejido —y lo decimos repitiendo, una vez más, palabras de Jean Ousset, en el discurso inaugural de nuestra VIII Reunión— se halla formado por “miles de gentes encargadas de tareas diversas, ocupando cargos desiguales, con deberes diferentes, consintiendo la plena salud social precisamente en esa multiplicidad de funciones y cargos, ya que mutilar lo real (¡reemplazar las piernas por muletas!) es violentar las flexibles disposiciones de esta geografía social para imponer el planismo de una agrupación artificial”.

Un ejemplo de esa tarea es la que nuestros amigos franceses del S. I. C. L. E. R. realizan en los municipios y para la que tienen como órgano de difusión periodística *La Lettre d'Entente Française*, con el intento de hallar “una política natural capaz de dar paz interior a las ciudades”. Para ello proponen que en los municipios:

- Se oponga la unión orgánica del pueblo a la lucha de clases;
- se cuiden las raíces de las múltiples herencias locales que resisten a la proletarianización;
- se oponga la realidad de lo cotidiano a las quimeras de las ideologías;

- se contrapongan los verdaderos honores y los méritos que derivan de los servicios realmente prestados a la comunidad local, frente a la irresponsabilidad y al anonimato.

Otro ejemplo nos lo ofrece la tarea que nuestros amigos, también franceses, de la C. E. E. realizan en las empresas, con éxitos concretos ciertos y evidentes: para *renovar los vínculos*, debilitados o rotos por el espíritu de lucha de clases; para *reestablecer la comunicación*, rota por la mentalidad dialéctica; para *restaurar la correlación* entre los poderes y las responsabilidades; y que, para ello, intentan restablecer o renovar los vínculos destruidos o deteriorados:

- entre los asalariados y sus jefes, cuando sufren el cortocircuito de los "poderes paralelos";
- entre los hombres y su trabajo, cuando el abuso del taylorismo ha separado sus brazos de su cerebro;
- entre las jerarquías de las empresas y los asalariados, favoreciendo los encuentros basados en las competencias y las responsabilidades;
- entre los jefes de empresa y sus cuadros intermedios, cuando sus relaciones están mecanizadas por las "estructuras";
- entre el interés y el deber, restableciendo la noción del mérito y de la justa retribución a la mejor tarea, teniendo en cuenta al establecer los salarios;
- entre los mandos de los distintos departamentos, restaurando el sentido del servicio;
- entre los responsables de las empresas y sus organizaciones profesionales;
- entre los talleres y las escuelas...;
- entre las empresas y su entorno, mediante la colaboración de gentes del oficio en los consejos municipales, en las asociaciones de padres de familia, en las organizaciones culturales, etc.

Entre nosotros, un primer ejemplo lo tenemos en la labor, inspirada por nuestro amigo Gil Moreno de Mora, desarrollada en los

sindicatos agrícolas de Tarragona y que puede tener una importante base de actuación en las cámaras sindicales agrarias. Tarea que puede ir seguida de otras, alguna en curso o en preparación, que puede desarrollarse en todos los cuerpos y actividades sociales.

Junto a esta tarea, que debe realizarse en todos los cuerpos sociales, tenemos la que ha de efectuarse en todas las actividades que se desarrollan de modo genérico en el cuerpo social: artísticas, recreativas, culturales... Charles Rambaud, en su comunicación al último Congreso de Lausanne, "El socialismo educador", advertía que "hemos dejado que el cine se haga sin contar con nosotros", que también "hemos dejado el teatro, la canción, la poesía, que se ha hecho sin nosotros". Y el enemigo campa sin riesgos por esos terrenos, mientras nosotros nos batimos en otros donde apenas somos escuchados. "No se responde a una canción de Ferrat —advierte Rambaud— demostrando que su «France» es esencialmente ideológica." Es necesario demostrarlo y mostrarlo, pero ¡no basta!... Para ello es preciso, además, que nuestro pensamiento vuelva a la calle como grita el mismo Rambaud. El día que alimente de nuevo a través del artista, en cuadros, en piezas de teatro, en películas, en canciones, en emisiones de televisión, en planes de urbanismo y de viviendas de renta limitada, en festivales folk y en fiestas populares, sabremos que nuestro pensamiento está vivo, pues lo veremos fecundo.

Ved ahí campos inmensos abiertos a la *praxis* de la armonía social... Primero y necesario paso para restaurar una armonía política conforme al orden de las cosas que Dios ha establecido. Dios es su causa primera, pero nosotros somos causas segundas.

En el desempeño de este papel tenemos el deber de ser fieles actores. De como lo cumplamos, deberemos rendir cuentas mañana en el más allá..., ¡además de gozar o sufrir acá, nosotros mismos o nuestros hijos, los frutos y consecuencias, buenos o malos, de la resultante común de la tarea realizada, por unos y por otros!